

Desde la lejana Kiev, un llamado de atención

Desde las frías calles de Kiev, en Ucrania, como el año pasado también desde las de Tbilisi, en Georgia, cientos de miles de gargantas, al unísono, acaban de denunciar -con singular valentía- al “semi-autoritarismo”.

Nos parece importante, por ello, referirnos brevemente a ese fenómeno, que ya ha ocupado nuestra atención académica. Pese a que recientemente alguna voz, poco republicana nos haya sugerido “silencio” entre otras razones por presunta “ancianidad”.

Las ideas ciertamente “no se matan”. Oponerse a la libertad de opinión es grave. Más aún cuando, aprovechando el poder, se recurre al denuedo y se olvida que la urbanidad es también una forma de la moral. Tratar -infructuosamente- de desacreditar en procura de instalar un solo discurso, y

un curioso unicato de protagonismo, es peligrosamente serio.

Voy a contestar. Pero a mi manera. Sin exasperaciones. Por aquello de que “lo cortés no quita lo valiente”. Lo haré, entonces, con palabras de François Chérix, que define un peligro para la democracia, cuando (en “Un Deseo de Nuevas Repúblicas”, Ed. L’Aire, Vevey, Suiza, 2004, pág. 20), dice: “Naturalmente, los políticos pueden lanzarse a la propaganda masiva y a las manipulaciones. Algunos de ellos no se privan de eso. Pero al entrar en la danza del “prêt-à-penser”, engañan a los ciudadanos, falsifican la democracia, achatan las instituciones, y corren cada día el riesgo de verse desmentidos por los hechos. Queda claro que no son los políticos quienes se aprovechan de la comunicación, sino ésta la que los reduce a su merced.”

El mismo día en que ese lamentable ataque ocurriera, una interesante editorial del mismo diario que fuera testigo sordo del mismo, en la misma fecha, decía:

“En este tiempo sin demasiado lugar para el asombro, hay palabras y estilos “que confunden y matan”. Nos referimos a aquellos gestos y aquellas modalidades que no están destinados a estructurar la discusión civilizada de ideas, sino a tratar de abatir o lastimar al adversario. Quienes actúan de esa manera parecen razonar de este modo: “Me



propongo destruir a todo aquel que esté en desacuerdo conmigo”.

Las circunstancias varían de un caso a otro, de un país a otro, pero el procedimiento utilizado es siempre el mismo. Y el mal se extiende por el mundo como si alguien se hubiera propuesto imprimirlo en el imaginario de todas las sociedades del planeta.

Por supuesto, el mal no se presenta con la misma apariencia en todas partes, sino que adquiere distintas modalidades, distintos arquetipos. Pero, en lo esencial, el procedimiento utilizado es casi siempre así: consiste en calificar, encasillar y etiquetar negativamente a todo aquel que se anime a disentir de ciertos cánones establecidos o que se pretenden establecer. La descalificación o la etiqueta varían según el ángulo desde el cual el adversario es analizado. Se lo rotula como “fascista”, “capitalista”, “imperialista”, “neoliberal”, “racista” o “izquierdista”, por mencionar sólo algunos calificativos denigratorios. La táctica consiste en colocarles “sayos” a todos aquellos a quienes se pretende desprestigiar ante la opinión pública. Todo adversario es, de esa manera, asimilado sistemáticamente con aquello que se supone que es “lo peor”, “lo negativo”.

Con una u otra etiqueta se procura, como mínimo, aniquilar públicamente a quien piensa de otro modo. Y para lograr ese objetivo nadie, o casi nadie, vacila en deformar o distorsionar inescrupulosamente la realidad. Y hasta se recurre con desaprensión a la mentira.

A veces, las acusaciones que se lanzan son explícitas. Otras veces, forman parte de una dañina cascada de insinuaciones de tono velado, pero sistemáticas y constantes, con arreglo a una táctica que consiste en caracterizar o “marcar” al adversario de manera indeleble.

De ese modo, el contrincante, el adversario, el rival, es severamente estigmatizado y tratado como si fuera un enemigo. Y se lo considera enemigo no por lo que piensa, sino por lo que caprichosamente se le atribuye. No se trata de convencer, sino de descalificar al otro. No se pretende argumentar, sino culpabilizar. Y, a veces, intimidar. La técnica usada será una u otra según sean las circunstancias. De esta manera se troncha la posibilidad del debate civil sereno y constructivo. O sea, de la confrontación libre y respetuosa de las ideas y opiniones.

Existen muchos cultores de esta oscura metodología. Son conocidos por todos. Pero nadie ha denunciado lo que realmente se esconde detrás de ese método perverso: un intento de cercenar la libertad de opinión mediante deformaciones insidiosas que siembran rencor, resentimientos y hasta odios.

La tendencia a debatir limpiamente en paz y armonía es cada vez más una rareza, una excentricidad. Una parte importante de la sociedad parece haber olvidado que debatir no es destruir, sino todo lo contrario.”

Solo ambiciono -y me parece legítimo- a tener libertad para expresar mi opinión. Siempre habrá quienes piensen que, al menos por experiencia y estudio, significa algo. Y quienes, en cambio, crean lo contrario. Ese es, precisamente, el escenario de la libertad. En el que creo. Que, a veces, cuando -en un ambiente de miedo- se pone en evidencia una absurda

y engañosa exageración, resulta -queda visto- incómodo para alguno.

Es precisamente desde la prensa que los hombres que creemos en nuestro país procuramos defender a los gobernados. No a los gobernantes. Lo que es distinto. Esto supone un monitoreo -esencial para la República- del poder y de sus posibles abusos. Sin él, la democracia se debilita y, a la postre, llena de anemia, se esfuma.

El ataque recibido incluye, como es habitual, algunas especulaciones en aquello que Tobías Jones (en su fascinante libro “The Dark Herat of Italy”, North Point Press, 2003, pág. 29 et seq.) llama gráficamente: “dietrología”, una práctica de la que suelen ser adictos quienes, sugestivamente, no pueden sino caminar “mirando para atrás”. Esto es, el ensayo permanente de analizar los eventos en un esfuerzo por tratar de detectar, detrás de causas aparentes, presuntos designios escondidos. Desde “la Stampa” se ha descrito a esto como “la ciencia de la imaginación, la cultura de la sospecha, la filosofía de la desconfianza, la técnica de la doble, triple, o cuádruple hipótesis”. Y es cierto. Pero vamos “al grano”.

El “semi-autoritarismo”

En la década de los 80, un número importante de naciones en desarrollo -deshaciéndose de gobiernos despóticos- abrazó la democracia. En la de los 90 -cual contra ola- apareció un fenómeno diferente: el de los gobiernos “semi-autoritarios”, que son una amenaza tan seria como real para esa forma de gobierno.

En el hemisferio norte, el fenómeno es ya claramente percibido. La maternidad de la expresión “semi-autoritarismo” corresponde a Marina Ottaway, una investigadora del Carnegie Endowment for International Peace, que la patentó en su libro: “Democracy Challenged”, 2003.

Los regímenes que pueden calificarse de “semi-autoritarios”, pese a su diversidad, son bastante fáciles de identificar. Porque combinan: (i) una adhesión, retórica, a la democracia liberal; (ii) la existencia, formal, de instituciones democráticas aunque caracterizadas por su baja calidad y el servilismo respecto del poder central; (iii) un respeto -declamado- por las libertades individuales, la ley, los contratos, y el “estado de derecho” en general; y (iv) un ejercicio autoritario de los poderes de gobierno, con administraciones proclives a abusar del “poder de policía”; tribunales judiciales infectados de parcialidad y corrupción; y Parlamentos subalternos, generalmente desprestigiados ante la opinión pública.

Pese a esas características, esos regímenes, en los hechos, posibilitan un cierto nivel mínimo de debate político, reaccionando abierta y amenazadoramente, sin embargo, ante cualquier opinión de terceros que estimen peligrosa. Por sobre todo, restringen -de mil maneras- las posibilidades de que “terceros” que no pertenezcan a la oligarquía política dominante puedan efectivamente acceder de cualquier manera al poder.

El “semi-autoritarismo” suele aparecer en países en los que convergen tres factores: una tradición autoritaria; instituciones políticas frágiles; y la existencia circunstancial de fuertes disparidades económicas.

Un fenómeno complejo

Lo importante es advertir que los gobiernos “semi-autoritarios” no son -para nada- obra de la casualidad. Son el resultado querido de estrategias políticas cuidadosamente concebidas y ejecutadas que apuntan a edificar y mantener un diseño específico de poder, con las características antes descriptas.

Tampoco son, como algunos creen, democracias aún “no-consolidadas” que, con el paso del tiempo, evolucionarán efectivamente en dirección a la democracia real. Ni, menos todavía, democracias “imperfectas”, que caminan en procura de mejorar su calidad.

Nada de eso. Son otra cosa. Bien distinta. Porque, mas o menos solapadamente, procuran mantener en el tiempo el “semi-autoritarismo” que practican. De modo que, en esencia, nada cambie. Nada. Este es, precisamente, su “negocio”.

De allí que esos gobiernos deban ser identificados como lo que realmente son. Para no equivocarnos respecto de ellos. Como ya ocurriera en Georgia y Ucrania. Pero la lista es larga. En rigor, la lista de países donde aparece el “semi-autoritarismo” es no solo larga, también cambiante. Y diversa. Entre ellos, es relativamente fácil incluir a Argelia o Azerbaijón, algunos países de la ex-Yugoslavia, a Pakistán o Malasia, o Venezuela, etc. Pero hay otros, mas o menos visibles, en la misma categoría. Y es fácil advertir cuáles son. Lejos, o cerca de uno.

La manipulación, como constante

En general, los gobiernos “semi-autoritarios” justifican sus actitudes anti-democráticas en la necesidad de “proteger” a su población del egoísmo individualista que, dicen, caracteriza a las democracias liberales. Y parecen no querer admitir que el socialismo, por utópico, fracasó rotundamente, según enseña la historia.

Los gobiernos “semi-autoritarios” saben “jugar” a la democracia, aunque sin jamás arriesgar el poder. Lo hacen recurriendo al “patronazgo” político. Esto es al distribucionismo populista. Se los ve así repartiendo empleos, o toda suerte de “bienes públicos”. A cambio siempre de conseguir lealtades al tiempo de sufragar.

Está desgraciadamente claro que hay muchas formas -abiertas o encubiertas- de “comprar” votos.

Recurren también a la práctica de instalar “temores” en la sociedad. De manera de presentarse como indispensables salvadores. O hábiles “pilotos de tormenta”.

Para mantenerse en el poder, estos gobiernos no vacilan nunca en manipular las elecciones. Sutilmente o con descaro. Según sea necesario. A veces eligen cuidadosamente las fechas de las elecciones, de modo de que ellas se acerquen, o alejen, de acontecimientos que las pueden influenciar. Otras, las desdoblan o consolidan, según les convenga. Proponen listas “sábanas”, donde se vota por todos y no se vota por nadie, por cuanto no se puede seleccionar por quien votar y por quien no. Cual denominador común, montan “maquinas electorales”. Y, últimamente, “manejan” permanentemente las calles de modo de sembrar ansiedad con grupos transportados en caravanas de ómnibus, e intimidar mientras instalan sus “opiniones”. Como si de la vociferante repetición de algo pudiera,

de pronto, emanar la razón. Protestar, por lo demás, no es proponer. Indignarse no es resolver. Solo el diálogo ilumina y fecunda.

La “calle”, no obstante, tiene siempre un riesgo: el desborde. Como lo acaban de demostrar los hechos ocurridos en Georgia y Ucrania, en los que la oposición copó las calles. Pese a que el gobierno también allí movilizó a “los suyos” en las habituales caravanas de “colectivos”.

Es asimismo frecuente que, ante la inestabilidad, estos gobiernos procuren el concurso, a veces obsecuente y otras veces interesado, de los medios de comunicación masiva. Alguna experiencia reciente, que conocemos muy bien, así lo atestigua tristemente.

Desenmascarando la verdad

El “semi-autoritarismo” actúa con la intimidación como constante. Con mil rostros. Es un “arte grosero”, en el que algunos se han especializado. Lo hacen particularmente mediante el abuso del poder. Así, con presiones tuercen voluntades, silencian adversarios, y hasta logran sumar poco sinceros “endosos”.

El “semi-autoritarismo” es -por todo esto- esencialmente un “biombo”. Mejor o peor construido. Ocultando o desfigurando la realidad, posterga -fingiendo- la consolidación real y profunda de la democracia.

Para ello, fabrica enemigos, insulta, construye distracciones, y llena el ambiente todo de “humo”. Enrarecer constantemente es el objetivo. Para disimular, ciertamente, la realidad subyacente.

Es hora de advertir la existencia de esta nueva “categoría” política, con sus actores y sus probables consecuencias. De lo contrario, en los hechos, la democracia y -con ella- las libertades personales de muchos quedarán postergadas. Sin que quizás, por un rato, ello se note demasiado. Pero cuidado, recuperarlas luego de pérdidas, no es nada fácil. Ni gratis ■

La Dirección